

humanidad. Hombres venerables, santos preladados, vivireis eternamente en el recuerdo de todos los siglos, se hablará de vosotros, se os bendecirá tanto, mientras el linaje humano tenga qué sufrir, y entre tanto que el sol permanezca iluminando al mundo.

## CAPITULO XXI.

CONTINUACION DEL MISMO OBJETO.—RELIGIOSOS  
DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

No bastaba al Sacerdote católico asistir al moribundo á la cabecera de su lecho, hablarle de la inmortalidad ante la muerte, consolarle en tiempo de la prueba; necesitaba aún que se estableciera él, el Sacerdote en el fondo de las más espantosas soledades para socorrer al viajero extraviado, y cosa admirable, que los animales mismos aprendiesen de él á ser los instrumentos de sus obras sublimes, y que sus gritos sobre la ci-

ma de los Alpes, repitieran con su eco los milagros de su caridad.

Impotentes como somos para hablar cual conviene del establecimiento religioso del Monte de San Bernardo, recurriremos á la pluma de un viajero que ha sido testigo y tambien objeto de la abnegacion y sacrificio del sacerdote católico en medio de las nieves y témpanos que coronan sus cimas inaccesibles.

«Al fin de Abril de 1755 me puse en marcha para el Piamonte, por el camino del gran San Bernardo. Como á las cuatro de la tarde, la pequeña caravana con la que emprendí mi camino sobre su peligroso desfiladero, llegó á la cúspide de la montaña, y despues de haber reparado nuestras fuerzas en el hospicio que corona aquel desierto, emprendimos de nuevo nuestra marcha para lograr pernoctar el mismo dia en el valle de Aost. Ya el sol habia perdido su calor, y aun el cielo su serenidad; las nubes remolineándose comenzaban á agruparse á lo largo de las cimas de las rocas, aglomerándose en las gargantas estrechas de aquella soledad. En lo más encumbrado de los Alpes una noche nebulosa amortiguaba ya nuestro valor; me decidí, pues, á pasarla con los religiosos que participaban de mis presentimiento. Ellos no nos enga-

ñaron. A las seis, aquel llanto helado fué todo envuelto en las tinieblas; las nubes arrebatadas por un viento de norte-oeste, con la rapidez de una flecha, formaron un remolino al derredor de las rocas; ya retumba el ruido lejano de la avalancha, y los átomos de nieve compactos, esparcidos como polvo, ya desprendiéndose de las montañas, ya cayendo del cielo, interceptaban la débil luz, velando todos los objetos que nos rodeaban.

«Mientras que sentados al derredor del fuego yo me informaba del superior del convento sobre las consecuencias del huracan, los religiosos hospitalarios habian ido á cumplir con sus deberes de circunstancia, ó más bien, á ejercer sus virtudes de todos los dias; cada uno habia tomado su puesto de abnegacion, de sacrificio, en aquellas termópilas glaciales, no para rechazar á enemigos, sino para tender allí una mano compasiva á los viajeros perdidos, de todo rango, de toda nacion, de todo culto, y aun á los animales encargados de sus vagajes. Algunos de los solitarios ascendian sobre los pirámides de granito que circundan el camino para descubrir desde allí algun convoy en conflicto, ó para responder á los gritos de socorro; otros abriendo los senderos sepultados bajo la nieve [reciente-

mente caída, á riesgo de precipitarse ó perderse ellos mismos en aquellos precipicios, desafiaban todos en fin las avalanchas, con el peligro de extraviarse, y casi cegados por los torbellinos de nieve, pero teniendo su oído atento al mas ligero ruido que se pareciera á la voz humana.

«Su intrepidez iguala á su vigilancia; ningun desgraciado recurre á ellos en vano: lo sacan asfixiado, ahogado de debajo de la avalancha, lo reaniman agonizante del frío y del terror, lo transportan en sus brazos, mientras sus piés resbalan sobre el hielo, sepultándose en las nieves; esto se repite por la noche y por el día. Ved su ministerio. Su piadosa solicitud vela sobre la humanidad en estos lugares malditos por la naturaleza, donde presentan el espectáculo habitual de heroismo que nunca será ciertamente celebrado por nuestros deturpadores.

«Una hora despues, cinco religiosos con sus domésticos que habian seguido la huella de los viajeros, conocimos que volvian, por los ladridos de los perros. Compañeros inteligentes de las escursiones de sus amos, estos animales benéficos siguen la pista de los desgraciados; se adelantan á los guías, y lo son ellos mismos; á la voz de estos fieles auxiliares, el viajero transido de frío se reanima, y olfateando sus vesti-

gios, siempre seguros, dan con él, comunicándolo con sus demostraciones á sus amos. Cuando los derrumbamientos de la nieve, tan violentos como relámpago, sepultan á un pasajero, los perros de San Bernardo lo descubren bajo el abismo y conducen allí á los religiosos que sacan el cadáver, al cual vuelven algunas veces á la vida.

«A poco el hospicio se abrló á diez personas agobiadas por la fatiga, el cansancio y el espanto. Sus conductores, olvidando sus fatigas, al punto sacaron ropa blanca, licores los más confortativos, y en fin, todo lo que la hospitalidad más delicada puede ofrecer de socorro, todo lo que no se tendria sino á fuerza de dinero en las hospederías de nuestras grandes ciudades; todo estuvo listo al instante, y distribuido sin distincion, y empleado con tanto acierto como con amabilidad.» (1)

Añadamos á todo lo dicho sobre las instituciones del Sacerdote católico en favor de la humanidad doliente, una indicacion esencialísima. Se asegura que sobre la cima dei San Bernardo

---

[1] Mallet du Pan.

(1) el aire que respira, excesivamente ligero, consume los resortes de la respiracion, y muy raras veces se vive allí más de diez años. Así,

---

[1] La cima del San Gotardo es una plataforma de granito, descubierta, rodeada de alguna rocas medianamente elevadas, de formas muy irregulares, que quitan la vista para todas partes y la limitan á lo más horroroso de la soledad. Tres pequeños lagos y el triste hospicio de los capuchinos, interrumpen solamente la uniformidad de aquel desierto donde no se encuentra la más ligera huella de vegetacion. Es cosa nueva y sorprendente para el habitante de la llanura, el silencio que reina sobre aquella plataforma, donde no se oye ni el más ligero murmullo. El viento que por los cielos se cierne, no mueve allí ningun follage; y solo cuando es impetuoso, gime de una manera lúgubre contra las puntas de las rocas que lo dividen. Inútilmente se aguardaría que ascendiendo las cimas accesibles que rodean este desierto, se descubrieran países habitables; desde allí no se ven más que el caos, rocas, y torrentes; no se distinguen en lontananza más que puntas áridas cubiertas de eternos hielos al través de las nubes que flotan sobre sus valles y que los cubren con un velo fre-

pues, el monge que se encierra en aquel hospicio, puede calcular, poco más ó ménos, el número de los dias que le quedan de vida sobre la

---

cientemente impenetrable. Nada de lo que existe más allá distinguen sus miradas, excepto un cielo azul-negro que descendiendo bajo el horizonte termina por todos lados el cuadro y presenta un muro inmenso que circunda este conjunto de montañas.

Los desgraciados capuchinos que habitan el hospicio, están durante nueve meses del año sepultados en las nieves que frecuentemente, durante la noche, se levantan á la altura de su techo é impiden toda entrada al convento. Entónces es necesario abrirse paso por las ventanas superiores que sirven de puertas. El frío y el hambre son los dos azotes á los cuales están sujetos frecuentemente aquellos monges, por lo que si hay cenobitas que tengan derecho á la generosidad de todo el mundo, ningunos mejor que estos, porque con tanta abnegacion se destierran voluntariamente á aquellos lugares, sin más objeto que socorrer á la humanidad doliente.

Otro establecimiento, semejante al de San Bernardo, se halla sobre los Pirineos. El Cardenal de Borbon,

tierra; y todo lo que él gana en este ingrato servicio de los hombres, es conocer el momento de su muerte que está oculto á los demas. Se asegura que todas las hermanas que están dedicadas al servicio del Hotel-Dieu, tienen habitualmente una fiebre intermitente que las consume, y que proviene de la atmósfera méfítica en que viven. Los religiosos que habitan las minas del Nuevo-Mundo, en las cuales han establecido sus hospicios, en medio de una noche eterna, para auxiliar á los desgraciados indios, con esto, abrevian sus dias, porque están emponzoñados con el vapor metálico que allí respiran; en fin, los padres que se encierran en los baños pestíferos de Constantinopla, se entregan al martirio más prematuro. (1)

Al llegar aquí nos falta toda expresion; no tenemos más que lágrimas de admiracion. Muy

---

volviendo de conducir á la infortunada Isabel de España, se detuvo en el hospicio de Roncesvaux. Se sentó entónces al lado de trescientos viajeros. Les dió tres reales á cada uno de ellos para que continuaran su camino.

[1] Chateaubriant. Gen del Crist. t. 4.º c. 4.

dignos de lástima son los que dan en querer matar al Sacerdote católico ó desdeñarlo. El estoicismo no produjo más que un Epitecto, dice Voltaire, y la filosofía cristiana ha producido millares de Epitectos, que no saben lo que son, y cuya virtud les ha llevado hasta ignorar sus propias virtudes. (1)

---

(1) Correspondencia general t. 3. p. 222.